



Héctor Tizón en:

El poet

SHAZADPUR

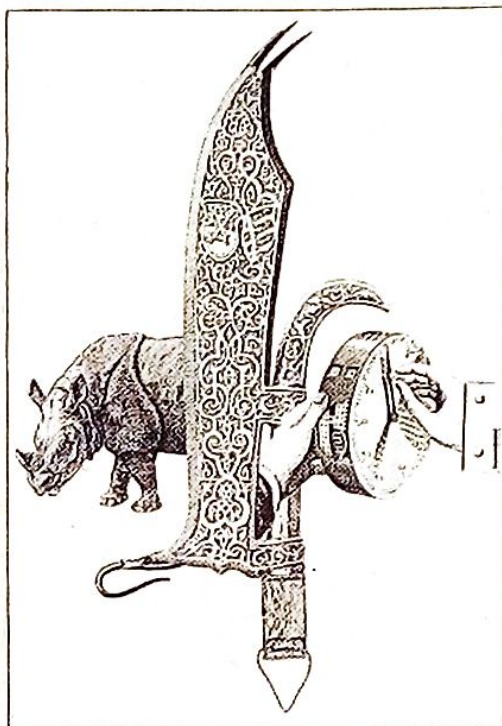
5 de Septiembre de 1894

Me doy cuenta de lo hambriento que estoy de tiempo y de espacio y me sacio de ellos en estas habitaciones en donde reino, como único monarca, con todas las ventanas y puertas de par en par. Aquí el deseo y la facultad de escribir son míos como no lo son en otra parte alguna. El movimiento de la vida exterior me entra en las olas de verdor y, con su luz, perfume y sonido, estimulan mi fantasía hasta llegar a escribir cuentos.

Las tardes tienen un especial hechizo suyo. El resol, el silencio, la soledad, los gritos de los pájaros -especialmente el estridente chillar de los grajos-, y la deliciosa y descansada abundancia de tiempo; todos estos factores conspiran para que me entregue del todo a la belleza.

Exactamente de mediodías así parecen haberse hecho as mil y una noches- en Damasco, Bujara o Samarcanda- con sus caminos del desierto, sus filas de camellos, jinetes errantes, fuentes de cristal brotando bajo la sombra de los bosques de pluma de las palmas datílicas; sus soledades de rosas, sus cantos de ruiséñores sus vinos de chiraz, sus estrechos callejones de bazares, con alegres toldos en lo alto; los hombres con ropas sueltas y turbantes multicolores, vendiendo nueces, dátiles y melones; sus palacios, fragantes de incienso, con lujosos divanes cubiertos de cojines suntuosamente mullidos, junto a las ventanas: sus Zobedia o Amina o Sufría con blusas vistosamente decoradas, anchos pantalones y zapatillas bordadas de oro, su largo narguile enroscado a sus pies; con cunucos de libreas suntuosas formando guardia, y todas las historias posibles e imposibles de hechos y deseos humanos, y las risas y los gemidos de aquella distante y misteriosa región.

RABRINDANATH TAGORE



Una serie de coincidencias ocurren para que este pequeño cuadernillo se ponga bajo la vista: leo: Las Alusiones en finas letras rojas, la dedicatoria entrañable, los seis poemas, sólo en voz baja como quien reza, sentado en el suelo; al cabo de leer ya he olvidado lo que en realidad buscaba y me sumerjo en un río diferente. Afuera, el sol de Yala sobre matorrales del jardín imita a un cuadro de Seurat y una rama florida de bungavilla se mete apenas por la ventana, como una mano violácea.

Suena el llamador, arriba, en el viejo departamento de la calle Gutemberg y Roberto Di Pasquale aparece contundente, con un botellón de ese vino áspero y chambón -dicen que de las viñas de baja California- colgando de su mano.

Es la primera aparición del poeta y esa imagen se me ha antojado siempre un truco visual, un collage; el botellón en la mano como superpuesto al resto del atuendo, correcto y oscuro, a su cabeza peinada a la antigua, a su mirada inteligente y bondadosa. Ese contraste era, a la vez, una burla leve, antisolemne. Él venía de Buenos Aires con algo así como una beca, pero también de Nueva York, desde donde había tratado de enviar artículos a una revista zonzca mientras experimentaba el pavimento de Manhattan paseándose con sólo una hamburguesa en el estómago, sabiendo de

antemano -como Karl Ros al Gran Teatro Integral porque en Estados Unidos Oklahoma ya no existe m

Siempre que pienso en la imagen del país. Como en Buenos Aires, o mejor dicho la imagen (impuesta) del país, que es un espejo de Buenos Aires.

Di Pasquale lleva en sus los estigmas del país. Como Buenos Aires, como Borges profundo, de una habilidad (quien tiene conciencia de que se pisa, en el explícito sospechando en el fondo llante, que discurre sin de o Londres, pudiera ser al querer momento mostrar su ricana, caótica, contradictoria. Y es por cierto afán malevos metafísicos, el Di Pasquale a frecuentar mil en voz baja como quien o recuerdo, trasnochado, en Villa Urquiza. Porque para o Garcilaso y una cuartel como entre el arte primitivo Giorgione- jamás ha cesado antes, lo uno sin lo otro n

A Di Pasquale debe ser a sin que jamás llegase a él, a enviar ni a terminar, luego abandono porque pienso que suficiente y que debo reser viva voz en el bolche de prevenido por un telefonos, frente a un trozo de pino, apartado del grosero moda, dispuesto a decir modo distinto cada vez, (hace muchos años- uno Santiago del Estero, con jubilados y cuando se pas o en las tardes, por una si naranjos.

Después entraremos e increíble divagación acerca -sempiternamente- su jefe trabaja (éste es uno de sus entender que un funcionario patán, casi por definición. Ése será el tema de los primeros límite a escuchar lo que intervalos de explicación. (ga. Para vivir el poeta se h audiovisualismo (Hawthorn tos, Martínez Estrada men peor: diplomático). Pero, (